

Política Internacional

IMPERIALISMO AÉREO

POR
LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS

En el conflicto actual no se lucha solamente por reparar las consecuencias de un Dictado de Versalles ni por liquidar las cuentas que una oposición de ideologías pudiera haber provocado. El mundo entero se ve incluido en la guerra presente, totalitaria en su sentido más completo. El viejo orden liberal defiende tenazmente su credo y los triunfos conseguidos durante su dominación frente a los pueblos que abogan por una autoafirmación, despertando su conciencia nacional. Los postulados del Eje y los Estados que combaten a su lado apoyan su causa con su actitud, defienden su existencia; ser o no ser, he aquí su problema. Inglaterra resiste con uñas y dientes; para ella, la victoria axial representa la pérdida de toda la labor de doscientos cincuenta años de política de triunfo, la caída del *Empire*, la desaparición de la primacía indirecta, de la dirección de la economía mundial, la limitación a los recursos de su metrópoli europea, única tierra que pudo permitirse el lujo de sustituir los campos de cultivo por enormes y alegres praderas cubiertas de una hierba fina y suave que ni siquiera se empleaba en pastos. País sin agricultura, su industria se alimenta de materias primas que obtiene en suelo ajeno, gracias a la maravillosa creación de la imponente *Commonwealth*, rendimiento sin precedentes en la Historia. La democracia inglesa se basa en la realidad práctica del librecambio y el capitalismo. La cuestión del nuevo orden inglés, anglosajón, no es más que cuestión de intereses capitalistas. Hasta en ese bastidor de ocho puntos que Churchill presentó, para ocultar el verdadero tema de las conversaciones a bordo del *Potomac*, se trasluce el fin último, el tener el comercio mundial sometido a su voluntad. Nadie, en efecto, podría no desear la libertad económica si no muriera el librecambio a manos de su hijo, el capitalismo, como toda libertad que no se apoya en una misión trascendente y no fuerza al individuo a que su misma fe limite su comodidad en beneficio de lo que justifica nuestra propia existencia: lo universal.

Esto es también lo que define y determina la actitud de los países no beligerantes. España, la nación que se define como Unidad de destino en lo universal, que señala a su juventud el camino por el Imperio hacia Dios, que derrota la primera a la más bárbara expresión del materialismo y nunca tuvo sino un capitalismo enclenque, no puede defender, exclusivamente, los intereses de éste. La diferencia que distingue *imperial* de *imperialista* es la que distingue nuestra política en América, fundadora de veintiuna naciones, de la política yanqui, abogada de un panamericanismo irrealizable, una solidaridad con reservas y ventajas. Nuestra actitud frente al conflicto bélico mundial queda definida en tres rasgos:

la declaración de no beligerancia, nuestro esfuerzo concentrado por el restablecimiento en España de lo español y el envío de nuestros voluntarios a los campos de Rusia: aún imperial. Como ejemplo de una actitud, ni contraria ni opuesta, sino incompatible, aquella típica anglosajona de los Estados Unidos de América del Norte. Tres rasgos podemos escoger para definirla: la declaración oficiosa de Knox de que los Estados Unidos se hallan virtualmente en guerra, la labor por el dominio económico de Sudamérica y el establecimiento del concepto de hemisferio occidental, panamericanismo monroísta: esfuerzo imperialista.

Aun cuando la alianza anglosajona dirija sus ataques contra el dominio de dictadores, contra el establecimiento de dictaduras, ella y sus aliados se sintetizan en tres nombres, en tres grandes directores de su acción: Churchill, Roosevelt y Stalin. Sus enormes dotes personales han permitido que todo lo conseguido sea puramente labor personal, y los tres gozan prácticamente de plenos poderes. Su política es, pues, dictatorial, democrática o proletariamente dictatorial. El esfuerzo de ésta es necesario dirigirlo a todos los sectores posibles; los medios para su desarrollo se obtienen en todos los campos de acción del hombre.

No es necesario en absoluto recordar la importancia que la Aviación y la Aeronáutica tienen para la defensa y mantenimiento de la soberanía nacional en el aspecto militar, y para el comercio y el tráfico en el aspecto económico-civil. Cuando un pueblo se impone la consigna de llegar a ser un pueblo de aviadores; cuando Inglaterra justifica las derrotas por su inferioridad aérea, sobran polémicas sobre esta cuestión. La ayuda principal que espera de los Estados Unidos es la aeronáutica, que le permita llegar a la paridad de fuerzas aéreas con Alemania. Y los Estados Unidos, observando y tratando de evitar las dificultades por que pasa su hermana en plutocracia, impulsan su política aérea, que, dado el matiz de la actividad norteamericana, es también imperialista. No nos interesa el fin mediato de esta política fuera de la esfera de nuestra competencia; pero sí podemos señalar el inmediato, que no es sino la conquista y acaparamiento de toda la potencia aérea del hemisferio occidental, el logro de su dirección y el establecimiento de una red de bases que permita el empleo y aseguramiento de tal potencia.

Podemos observar varias direcciones de la actividad político-aérea imperialista al servicio de este fin. Llamemos a la primera militar directa. Es la simple ocupación de Islandia y Groenlandia por tropas norteamericanas, el proyecto de hacer ocupar las Azores y las Islas de Cabo Verde

por tropas brasileñas, la amenaza sobre Dakar—y por qué no Freetown?—y los planes relativos a un posible empleo de Liberia. El segundo método es militar indirecto. Con él se logran bases a cambio de destructores y se aprovecha el apuro inglés para obtener cesiones. Califiquemos el tercer modo de político-militar. Desde la Conferencia Panamericana de La Habana, a fines de julio de 1940, no cesaron los Estados Unidos de acuciar a las naciones sudamericanas para que establecieran o mejoraran los puntos de apoyo navales y aéreos de la costa del Atlántico. A esto se une el envío de misiones militares por todo el Continente Sur, recibiendo, en correspondencia, la visita de Oficiales de Estado Mayor sudamericanos para estudiar estrategia yanqui y conocer el material norteamericano. A Chile llegó una Comisión aérea, al mando de un Coronel. Misiones militares han logrado quedar encargadas de todo lo referente al establecimiento de bases en Venezuela, Colombia y el Ecuador, naturalmente, con técnicos y material yanqui. El Jefe de la Aviación peruana es un Oficial estadounidense.

Políticamente se desarrolla una actividad tremenda en el sector aéreo. Poderoso caballero es Don Dinero, y fácil es arrendar las bases por unos millones de dólares, a lo que parece dispuesto el Gobierno ecuatoriano. Méjico ha concertado un acuerdo con los Estados Unidos, dejando libre empleo de aeródromos y puertos a la Aviación y a la Marina norteamericanas, en caso de guerra. Paraguay y Bolivia parecen dispuestos a la cesión de campos en las mismas circunstancias o a la construcción de nuevos. Por un empréstito de cien millones de dólares se ha obtenido del Gobierno brasileño la autorización para construir ocho aeródromos nuevos en la costa atlántica.

La Panamerican Airways y la Panagra tratan de acaparar todos los servicios aéreos sudamericanos. Una rama de la Panamerican Airways ha absorbido la Scadta colombiana. En el Perú se ha anulado la concesión a la Lufthansa. Bolivia nacionaliza el Aero-Lloyd, pero la dirección efectiva está a cargo de la Panagra. La Sedta ecuatoriana sufre la influencia yanqui de tal modo, que, como en Colombia, se sustituyen todos los pilotos nacionales por norteamericanos, queriéndose implantar el empleo exclusivo de material yanqui. Argentina, Brasil, Chile y las demás naciones de la Hispanidad se ven obligadas, ante la presión de los Estados Unidos, a ir liquidando poco a poco los servicios aéreos cubiertos por Alemania e Italia en América, como el Sindicato Cóndor, lógica primera víctima de la intervención norteamericana.

De este modo se trata de conseguir que los Estados Unidos, en nombre de la hermandad y solidaridad americanas, se conviertan en dueños de la potencia político-económico-militar del hemisferio occidental. Política imperialista aprendida del pariente anglosajón europeo, sin tener en cuenta, como dijo un periodista yanqui, que los iberoamericanos no pueden evitar ser, además, latinos hasta la medula de los huesos. Grandes triunfos ha conseguido Norteamérica ya, y muchos más espera de la victoria británica desde su posición al filo de la intervención directa en el conflicto. Aún, sin embargo, pesa sobre ellos para volver al sector aeronáutico el problema del material y producción aéreos, que todavía no cubre las necesidades de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Rusia y de las exigencias provocadas por el inmenso proyecto de un Imperio mundial yanqui desde el hemisferio occidental monroizado.

EL IMPERIALISMO AMERICANO Por G. Raineri Biscia

(De RIVISTA MARITTIMA, núm. 9, septiembre 1941.)

Parece probable que la conflagración presente no llegará a su fin sin que veamos entrar oficialmente en ella a los Estados Unidos.

La política de su Presidente lleva al país hacia la guerra a pasos decididos. La doctrina de Monroe se ha transformado en un derecho de intervención en los demás continentes; es decir, en un imperialismo notorio y sin disfraz.

Algún día será interesante recordar y anotar las etapas previas de esta injerencia en los asuntos del Viejo Continente; el autor del siguiente artículo nos da hecho este trabajo y comenta con certera argumentación el carácter antijurídico y draconiano de casi todas las medidas adoptadas hasta ahora.

Los motivos fundamentales que han determinado el encuentro entre las potencias del Eje por una parte, e Inglaterra y Francia por la otra, se han expuesto repetidamente por los responsables de la política de Roma y de Berlín.

El áspero y abierto contraste entre la ideología plutocrática de los Gobiernos de Londres y de París, y las justas aspiraciones de procurarse mayor espacio vital y una distribución más equitativa de la riqueza de sus pueblos, ideado y deseado por el Duce y el Führer, condujo inevitablemente a un conflicto armado que, en todo caso, se quería circunscribir incluso dentro de Europa.

Puede demostrarse fácilmente que ni Alemania ni Italia tenían la intención de extender el conflicto hacia una potencia euroasiática como Rusia. Pero la ambigua política sovié-

tica, a la que interesaba extender el conflicto con objeto de mejor defender en todo el Mundo las ideas revolucionarias para desencadenar el ataque en el momento que Moscú juzgase más provechoso para sus armas, han puesto a las naciones del Eje en la necesidad inaplazable de extirpar la amenaza rusa y de eliminar las probabilidades de una ofensiva a traición y de consecuencias imprevisibles.

Mientras en Europa se combate entre el dinamismo creador de una nueva era deseada por el Eje y la estática concepción del conservadurismo democrático, actualmente aliado de los sin Dios, en América del Norte se va desarrollando cada día más la gigantesca ofensiva del imperialismo económico, que manifiesta cínicamente su interés por conseguir una superioridad decisiva, económico-política, sobre todas las de-